

«DEFICIENTE MANU»

Kirby Flower Smith en su extenso comentario de las Elegías de Tibulo¹ al comentar los versos² del poema que abre el libro primero *te spectem, suprema mihi cum uenerit hora / te teneam moriens deficiente manu*, busca su antecedente en la poesía griega, al tiempo que señala dos ejemplos concretos de su posterior influencia. Y es aquí donde quisiéramos adjuntar un pasaje de Bécquer³, tal vez en cierto modo más cercano, aunque paradójicamente más indemostrable su dependencia directa. El pasaje en cuestión es el contenido en la rima 61, *Cuando la trémula mano / tienda, próximo a expirar / buscando una mano amiga / quien la estrechará*.

El origen de la expresión, como tantas veces, parece ser un lugar común dentro de la poesía elegíaca. Así, para Smith la fuente estaría en el epigrama 735 de la *Anthologia Palatina*⁴, atribuido a Damagetas y concretamente en las palabras: ...ὥς ὄφελον γε / χειρὶ φίλην τὴν σὴν χεῖρα λαβοῦσα θανεῖν, que en la traducción latina que le acompaña en dicha edición suena: ...*utinam saltem / manu caram tuam manum complexa moriar*. De aquí, pues, arrancaríamos la inspiración tibuliana. No obstante el hecho de esta dependencia, en nada queda afectada la sinceridad del pensamiento del poeta romano salido de su propia hondura frente a lo que parece

¹ *The Elegies of Albius Tibullus*. Wissenschaftliche Buchgesellschaft. Darmstadt 1964 (reimpresión de la edición de 1913).

² *Ibid.*, p. 201.

³ El artículo fue pensado y escrito en borrador el año 1970, centenario de la muerte de Bécquer.

⁴ *Epigrammatum Anthologia Palatina*, ed. A. F. Didot, París 1864.

sugerir J. André⁵. En efecto, las diferencias entre la elegía griega y latina en favor de la subjetividad de los poetas romanos y, por lo tanto, testimonio de un íntimo dolor, personal e irrepetible, han sido puestas fuera de toda duda por A. Rostagni⁶. Y es ahí donde radica la diferencia más total, de modo que en cierta manera la fuente queda superada, recreada, otra y distinta, en virtud de la visión personal del poeta romano. Es él quien tiende su propia mano en su propia angustia; en cambio, Damagetas es contemplador, patético, sí, pero sólo contemplador de ese drama, el de Teano.

Cuando Ovidio en sus *Amores* 3, 9 escribe su emocionado adiós a Tibulo, en el verso 58 repite las palabras tibulianas: *Me tenuit moriens deficiente manu* con una suave, imperceptible casi, variación, pero en donde se contiene toda la ironía de la circunstancia tibuliana que mueve a compasión a su emocionado amigo Ovidio, quien, por otra parte, bien distinto valorador del amor era. Las palabras, febriles de ilusión que fueron dirigidas a Delia en el momento de la suprema ofrenda de la despedida, no salen de la boca de la bien amada, sino de Némesis. En este feliz rasgo ovidiano se encuentra palpitante toda la desgracia de su amigo. Aquí no se trata de dependencia ninguna, sino de utilización consciente y dramática de la misma frase que encierra un dolor sentido, en este caso, en lo hondo, casi personal, pero por amistad, no por ser sujeto de esa vivencia, en su ser mismo.

El último pasaje citado por Flower Smith corresponde a Voltaire y son los versos dirigidos por él a Mme. du Deffant: *Je veux dans mes derniers adieux / disait Tibulle à son amante / attacher mes yeux sur tes yeux / te presser de ma main mourante*. Y luego prosigue con unas consideraciones personales sobre la fugacidad de lo humano. Los versos no son otra cosa que una variación del mismo pensamiento tibuliano. Nada se le da y nada se le quita. Quedamos en el plano del observador, pero ya sin la viva emoción de Ovidio. Y es aquí cuando leyendo la rima 61 de Bécquer vienen a nuestro recuerdo las palabras de Tibulo, y en un parecido contexto, de sole-

⁵ J. André, *Tibulle. Elegiarum Liber primus*. Coll. Erasme. Presses Universitaires de France, Paris 1965, p. 18.

⁶ *L'influence grecque sur la poésie latine de Catulle à Ovide*. Entretiens sur l'antiquité classique. Fondation Hardt. Vandoeuvres-Genève, 1953, pp. 59-83.

dad y de muerte, surge el tema de la mano⁷ que quiere ser significado de la profundidad insondable del alma. Ante la idea de la inminencia de la muerte, cuyas puertas se abren más y más a cada instante, el poeta, estremecido, temblando frente al terror, busca en torno algo suyo, profundamente personal, que puede ser el resumen de sí y afirmación propia frente a la trascendencia, y es entonces cuando esa situación, únicamente existente en el pensamiento, fruto de la apasionada previvencia, llega a ser, en medio de la intensidad personal, acontecimiento real, dolor hecho carne en la soledad, en el ser indefenso, lleno de un vacío ya irrellenable, porque las ilusiones mueren también. Y es aquí donde sentimos, en cierta manera, no la dependencia directa quizás, sino la cercanía de los pensamientos, que no es otra cosa que las cercanías de sus mismas almas⁸. Hay, desde luego, una diferencia; Bécquer clama desde la soledad como algo radical, triste y sombrío, en tanto que Tibulo lo hace en medio de un instante, raro, fugaz, pero de felicidad real al fin y al cabo, felicidad que puede incluso tocarse con las manos, pero que, sin embargo, en la honda y distinta sabiduría del poeta se siente y vive como algo especialmente breve, que no durará, y así el deseo formulado deja tras sí una nostalgia agridulce, vago soplo de tristeza que desdibuja los límites risueños del ahora, cuando Tibulo cobija su única fuerza, la del amor⁹, en los brazos de la mujer amada. Hay, pues, una situación de desesperanza frente a la muerte, de autoconvencimiento del desamparo en la última hora, y ello mismo ocurre en Bécquer, agonía del dolor total, sin consuelo próximo. Y ambas realidades parecen resumirse, en los dos, en la mano sin fuerza, trémula y lánguida que busca algo propio que estrechar, algo que acompañe la suprema soledad, única certeza de sus vidas, que sucumbieron a la incurable herida del

⁷ No deja de ser paradójico que la mano refleje como símbolo el desamparo, cuando ella, jurídicamente, representaba el medio por el que se actualizaba el poder. Cf. *Historia de las Instituciones de la Antigüedad* de Jacques Ellul, trad. al esp. de F. Tomás y Valiente. Biblioteca Jurídica. Aguilar, Madrid 1970, p. 184.

⁸ «La materia prima dell' arte è la vita, la quale nel suo strato profondo rivela più continuità e meno ampiezza di variazione, di quanto commente si crede». Otto Seel en *Poesia universale di Roma tra l' Ellade e il presente*, trad. al italiano de R. Prati, ed. dell' Ateneo, Roma 1969, p. 257.

⁹ *Sed me, quod facilis tenero sum semper Amori / ipsa Venus campos ducet in Elysios. Eleg. I, III, vv. 57-58.*

tiempo, única certeza, también, de unas vidas a las que, al contrario, que en el verso de Vladimir Holan, el destino no sonrió jamás, aunque estuvieron allí, allí donde, como diría Ruckert, se bate la batalla del sufrimiento de la humanidad entera¹⁰.

ENRIQUE OTÓN SOBRINO

¹⁰ Además de la posible concomitancia de ideas y de forma de expresión, pues en este terreno también parecen emparejarse los dos dado el papel importante que la aliteración de nasales juega en los fragmentos en cuestión, encontramos en la obra becqueriana ciertos datos que nos indican que el mundo clásico le era conocido. Sin agotar por supuesto el material, señalamos entre otros los que siguen. En la oda a la muerte de Lista se lee: *Apolo con dolor repite / Murió por siempre. Pero mirad, mirad ya Melpomene / de entre el lloroso grupo se levanta / toma la lira, y con acento triste / canta, escuchemos / Llorad, Musas, llorad y descompuestas / las trenzas del cabello dad al viento / la Parca fue quien de su vida el hilo / cortó inmutable*; la Anacreónica en heptasilabos romanceados; en un fragmento de juventud se lee: *Desde la pura celestial morada / del Olimpo parece descendida*. Por otra parte, sabemos que en su testamento literario dejó constancia de su interés por dar a conocer a Homero y Safo (v. D. Gamallo Fierros, *Del olvido en el ángulo oscuro*, p. 434). En las *Rimas* encontramos alguna que otra alusión así en la 12: *Porque son, niña tus ojos / verdes como el mar te quejas / verdes los tienen las náyades / verdes los tuvo Minerva*; en la rima 75, sorprendentemente, aplicado al Sueño aparece el epíteto homérico ποδοδάκτυλος: *Será verdad que cuando toca el sueño / con sus dedos de rosa nuestros ojos*; en la 78: *Y sus mentiras / como el Fénix, renacen / de sus cenizas*. Y finalmente en la carta primera desde Veruela: «especie de tonel, que como el de las Danaides, siempre se le está echando original y siempre está vacío» referido al periódico «El Contemporáneo». Datos que asemejan las vidas de Tibulo y Bécquer son, a nuestro pensar, la dificultosa identificación de las mujeres amadas —pues parecen haber sido dos, al menos en algún momento, las que dejaron huella en el poeta sevillano, según se desprende de la rima 80, como dos fueron las que realmente amó Tibulo— y el rasgo más esencial: su visión del amor como algo sagrado. Así en Bécquer, en la rima 53: *Pero mudo y absorto y de rodillas / como se adora a Dios ante su altar / como yo te he querido... desengañate / así no te querrán*, sacralidad que al amor le es concedida en la elegía segunda del libro primero por Tibulo en el verso 27: *quisquis amore tenetur, eam tutusque sacerque qualibet*, que resuena también en Hölderlin: *Ist nicht heilig mein Herz, schöneren Lebens voll / Seit ich liebe?* Para una lista más completa y estudio de los ejemplos citados arriba, v. I. Muñoz Valle, *La tradición clásica en la lírica de Bécquer*. Actas del II C. E. E. C., Madrid 1964, pp. 500 ss.